

# COLABORACION DE LA VANGUARDIA

## AGENDA DE VERANO

# EL CORREO

El correo en la ciudad puede, en ocasiones, agobiarnos. Ante el ritmo de cartas que nos espera, uno piensa, melancólicamente, que la mínima obligación que de ellas nace es la de contestarlas. Eso, en el supuesto de que no comporten otras de más peso, por ejemplo la de desdoblarse en recomendaciones, o en presentaciones, o en ayudas cerca de terceras personas. Desde hace muchos años yo hice siempre puntillo de honor el no dejar ninguna sin respuesta y siempre me ha horrorizado comprobar cómo un cierto número de compatriotas bien enclavados en la vida, con una personalidad profesional y humana relevantes, incumplen ese elemental deber de cortesía que consiste en seguir, sin truncarlo, el diálogo a que gentes de condición diversa nos invitan.

En la ciudad, sí, aquejados por los múltiples quehaceres ajenos a la fórmula de convivencia que impone, las cartas nos incomodan como si acrecentasen nuestros trabajos habituales o nuestras preocupaciones. Pero lo que el diario correo tiene en la ciudad de impertinente, entrometido y fastidioso, lo tiene, muy al revés, en el refugio veraniego, de bienvenido visitante.

Haré una especial mención de los telegramas. Yo aún no curé de la heredada aprensión ante el verde rectángulo de los telegramas y, todavía aldeanamente, me sobrecojo frente a ellos. La virtud esencial del telegrama es su imperiosidad, la urgencia de abrirlo con que grava a quien lo recibe y de la que nadie se libera. En las oficinas donde se expide o en la malla de los hilos que lo transmiten, puede sufrir demora, pero una vez en el domicilio del destinatario el telegrama cobra tal autoridad que corta, con su sola presencia, cualquier trabajo, lectura o reunión a que sea tangente y fuerza a la lectura de su texto, que algunas veces es banal pero otras lleva la suficiente carga dramática como para que no caduque nunca su prestigio. Telegramas aparte, y ciñéndonos al correo propiamente dicho, vemos en seguida que en el verano la proporción de cartas manuscritas es mucho mayor que en los otros meses. Quienes nos escriben no disponen, con frecuencia, de máquinas para hacerlo y suplen con el bolígrafo su falta. La familiarización con ciertas grafías entrañables me la proporcionan los meses estivales, ya que los restantes del año la contigüidad hace innecesaria toda comunicación epistolar, o la máquina, con sus impersonales caracteres, revela del esfuerzo de la escritura manuscrita.

Como es lógico, un gran número de cartas vienen rebatadas de la dirección permanente. Esta ha sido tachada y sustituida por la accidental. La carta ha ido a buscarnos a su destino originario y ha desandado su camino hasta llegar a nuestro encuentro. Un cierto número de postales se mezclan

con los sobres acostumbrados. Hay quienes viajan por permitirse el placer de enviar postales a sus amigos. Muchas de estas postales no persiguen, en el fondo, otra finalidad que la de testimoniarnos el paso por las doradas islas mediterráneas, por los hiperbóreos fiordos noruegos o por la calcinada Tierra Santa de quienes han podido permitirse ese lujo, ese placer sabroso. En alguna vieja comedia mía ironicé a propósito del texto «standardizado» de la mayoría de esas postales. En ocasiones tardamos en precisar el paisaje natural o urbano retratado, en otras, la filiación del firmante. El nombre solo, sin apellido, nos desconcierta, nos sume en mil equívocos y perplejidades. —Pues, señor, ¿quién será este Pepe? —nos preguntamos a nosotros mismos, recontando todos los Pepes que figuran en la lista de nuestras amistades. El texto, sí, suele sujetarse al clásico patrón y tanto daría que figurase impreso, ya que rara vez se altera. «Desde esta preciosa ciudad os recuerda con mucho cariño...» Hay gentes proclives a ese género de comunicación con preferencia a cualquier otro, y siempre que hemos tomado parte en algún crucero o en cualquier otra modalidad de viaje colectivizado hemos visto a los que adolecen de esa flaqueza, rodeados de postales por todas partes, en cada puerto, en cada rincón pintoresco, en cada hotel sobresaliente. No es que la red amistosa de esos sujetos sea ni más ancha ni más profunda que la media, sino que considerarían frustrado uno de los objetivos de su accidental trashumancia si no mantuvieran informados de sus más pequeñas incidencias a la familia, al café, a la oficina en pleno.

Lo que llega a producirme cierta piedad es la carta publicitaria. Ha ido tras de mí, siguiendo mis huellas, a lo largo de un verano más o menos itinerante o movido. Se denuncia impudicamente porque, ya en el sobre, viene el dibujo de los neumáticos o de las vejillas o de los muebles a cuya compra intenta persuadirme. Vana porfía...

Mención especial para el correo aéreo. El correo aéreo en las imaginaciones infantiles, prende con violencia. Mi hijo suele lanzarse sobre los sellos exóticos e interesarse por leer, sobre el pentagrama del timbrado, el nombre de la ciudad de proveniencia y la fecha. Como los bergantines al tamoso Marius de Pagnol, atormentado por la sed viajera, errante entre el caletín paterno y el transbordador marsellés, los sobres de la correspondencia aérea nos perturban, agitan nuestros posos de

nomadismo, nunca totalmente adormecidos, y nos empujan a soñar con los mundos diversos que viven más allá del horizonte. El correo aéreo es imprevisible. Como si una autoridad histórica lo gobernase, unas veces nos sorprende con su rapidez asombrosa, otros nos irrita por su retraso. Reaccionamos frente a él como los

dómines frente a sus alumnos superdotados a los que sorprenden vagueando. A las cartas encomendadas a los trenes patriarcales y cachazudos les perdonamos las fechas atrasadas. A las que se confiaron a la celeridad de los reactores o de las hélices, les exigimos una instantaneidad que, si no la vemos cumplida, nos defrauda.

De todo deja el cartero sobre nuestra mesa a primera hora de la mañana y como regalo impagable, entajados, los periódicos sin cuya lectura minuciosa y detallada yo no sé cómo hay quien se atreva a iniciar su día. Allí vienen las graves y banales noticias, los artículos, las esquelas, el reflejo en suma de cuanto acontece a lo largo de veinticuatro horas de bueno y de malo, de esperanzador o inquietante, sobre la superficie de la Tierra, cuyos giros, isocronos e implacables, en nada son afectados por nuestra privada vacación.

Y puesto que es de todo, en efecto, lo que el cartero nos transporta, a veces llega también un anónimo. Unos contienen propaganda política, otros van dirigidos personalmente al comentario de algo que nos concierne. Los tiro siempre al cesto de los papeles, pero, en algunas ocasiones, me cojen desprevenido y los leo. No siempre son displicentes y con alguna frecuencia contienen comentarios elogiosos que, ignoro por qué, vienen sin firma. Otros, sí, reflejan o una discrepancia violenta o un encono, la mayoría de las veces gratuito, cuya comprobación, lo reconozco, no me ha quitado nunca el sueño. Cuántos nos arriesgamos a exponer en público nuestra opinión sobre los hechos y las cosas, hemos de padecer esa enristecedora servidumbre. Es planta que germina en todas las latitudes y a las que, por fortuna para nuestra idiosincrasia nacional, no creo al español especialmente propicio.

En fin, ya está la correspondencia ojeada y leída, ya sabemos, por añadidura, lo que sucedió en el universo mientras dormíamos. Inauguramos, entonces, nuestra jornada de trabajo, después de haber cumplido con esa civilizada obligación, como con un rito sagrado, a la espera del correo del día siguiente. Porque, en ocasiones, cuando el amor y la ausencia, la incertidumbre de un negocio, de una resolución nos acongoja, todo cuanto hacemos, mañana, tarde y noche es tan sólo tiempo para esperar el correo del día siguiente.

Joaquín CALVO-SOTELO  
de la Real Academia Española

**SOBRE** una Europa otra vez amenazada por el incendio y la muerte, a pesar de su Mercado Común y su unidad en la mutilación, se proyecta de nuevo el fantasma trágico de Pierre Drieu La Rochelle. ¿Cuánto tiempo hace que no se hablaba de Drieu La Rochelle? Sin embargo, se trata de uno de los escritores más grandes de nuestro siglo. Su novela "Gilles" representa un momento tan importante como el "Ulises" de Joyce, y en la literatura francesa el personaje por él perfilado no tiene igual más que en el Julián Sorel, de "Le Rouge et le Noir". Vuelve ahora Drieu con un librito de cien páginas, el "Recit secret", que contiene además el "Diario" de Drieu de 1944-1945 y un "Exordio" lleno de patetismo, cien páginas breves que aparecen a los quince años desde la muerte de su autor y que contiene todo lo que debe contener un libro destinado a electrizar nuestro ser. Una permanente, alucinante a la vez que familiar e indispensable imagen de la muerte, un análisis llevado a una lucidez extrema de las actitudes y resortes anímicos de un hombre que sabe hasta qué punto sus propias responsabilidades implican un martirio, una profética visión del destino de una Europa trágica. Con todo esto vuelve además algo que garantiza siempre, en medio de las catástrofes, de las degradaciones humanas, de las ruinas de toda índole, la nobleza y la dignidad de un hombre: un estilo.

Esto es lo que, por encima de todo, poseía Drieu La Rochelle. Un estilo de hombre, una actitud de noble dignidad, un alto sentido de la idea del valor. Por ello, en este hombre atormentado, la idea del suicidio, impresión como nunca. Desde Sócrates, acaso ninguno de los mortales, ha logrado como Drieu, considerar la idea del suicidio como símbolo de la muerte misma, como una forma estremecedora de ascesis. Inaceptable en su fundamentación misma, es imposible no admitir que en Drieu la idea del suicidio posee algo que impresiona y conmueve, como una decantación última. "¡Oh, muerte, escribe él en el "Diario", no te olvido! ¡Oh, vida más verdadera que la vida! ¡Oh, cosa indecible que está más allá de la vida, más verdadera que la vida! No más allá, sino más acá. Es el núcleo de mi ser lo que yo quiero alcanzar". Es una idea que Drieu une indisolublemente a la necesidad de que un hombre de "élite" asuma en sus consecuencias últimas sus propias responsabilidades en función del tiempo en que vive.

Drieu encarna un mundo que sentimos aún nuestro y nos duele hoy, por la pasión y la lucidez que ponía en su fe en Europa. Su profesión de fe europea, es lo más impresionante de su rica y compleja personalidad. A ella atribuye él lo mejor de sus intenciones políticas y sus errores. A ella se debe que un hombre, con el talento y las inclinaciones espirituales de Drieu, no pudo permanecer en "aquella actitud desdeñosa que un hombre prudente se halla siempre obligado a sentir por sus amigos, a los cuales, enseguida está dispuesto a igualar a sus enemigos, en su espíritu, si no en su corazón".

## CON LOS PROFETAS DE EUROPA DRIEU LA ROCHELLE

Como humanista y como europeo, Drieu quiso ver algo que pocos compatriotas suyos admitían. Que "la posición dominante de Francia en Europa estaba perdida desde la expansión del Imperio inglés, la unidad alemana, el desarrollo de Rusia y Estados Unidos. La nueva escala de potencias nos convertía en potencia de segundo grado". Europa, primero. Esta idea, que domina el espíritu de Drieu, no la puede encarnar ni el Imperio inglés, ni el Imperio ruso, definidos por sus intereses extra europeos. Por ello, prefirió a los demás "el sistema alemán". Por esto, su violenta reacción última contra Hitler, que había traicionado la idea de Europa. Drieu concibe su tarea al servicio de Europa como tarea esencialmente intelectual. "Yo me he conducido —escribe poco antes de la muerte—, en plena conciencia en medio de mi vida, según la idea que me he formado de los deberes del intelectual. El intelectual, el artista, no es un ciudadano como los demás. El tiene deberes y derechos superiores a los demás." El debe ir "más allá de los acontecimientos, tentar su suerte que implica riesgos, ensayar los caminos de la Historia".

Sobre esta base, Drieu hace su confesión impresionante. "Sí, escribe, soy un traidor. Si, estuve de acuerdo con el enemigo. Llevé la inteligencia francesa al enemigo. No es mi culpa que este enemigo no haya sido inteligente. Sí, yo no soy un patriota corriente, un nacionalista cerrado: soy un internacionalista. No soy únicamente un francés, soy un europeo."

Estas palabras suenan hoy en día, los mismos enemigos de ayer de Drieu, que publican ahora sus últimos papeles, lo reconocen, diversamente que hace quince años, en medio de la pasión y el odio. Porque suenan así, "diversamente", acaso los europeos se hallen más cerca de Europa. Todo ello corresponde a un nuevo sentimiento. Por desgracia, la situación no es esencialmente diversa que la del momento en que Drieu escogió la muerte. Entonces "la pobre Europa, deshecha, perdida" había llamado "americanos por una parte, rusos por otra". "La humanidad, demasiado tiempo despierta —diez siglos— había caído en un sueño, posiblemente reparador. La democracia, sin atreverse a convertirse en fascismo, se dejaba devorar por el comunismo." El testimonio de Drieu encuentra una sensibilidad nueva, receptiva, que ya es algo. Pero la situación de Europa, a pesar de la prosperidad económica de su trozo libre, es la misma que la muerte profética y la sensibilidad incandescente de Drieu La Rochelle, entreveían.

Jorge USCATESCU



Mesas limpias con  
**FBR-MIG**  
Recoge migas

Fabricado por **Gradulux**  
DE VENTA EN  
ELECTRODOMESTICOS Y FERRETERIAS

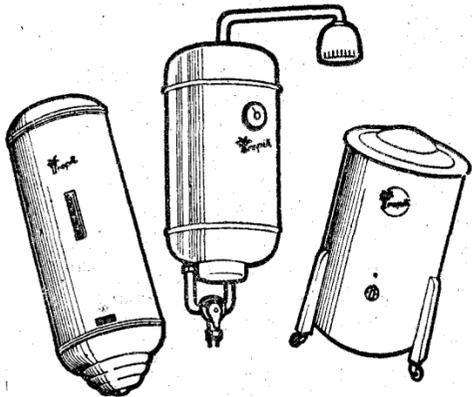
**BOLSOS PAJA ITALIANA**

Gran liquidación  
OGGI. Galerías Maldá (frente bar)

**Televisores**

**Telesprint**

A 18 DUROS SEMANA  
CELAYA - URGEL, 55  
Teléfonos 243-64-49 y 222-61-28



**LA FAMOSA MARCA**

Marca garantizada por MAGRIÑA y Cía. — Ronda San Antonio, 44 — BARCELONA



**OFRECE:**

**MAS  
GARANTIA  
MEJOR PRECIO,  
ACABADO  
Y RENDIMIENTO**

**QUE SE HA IMPUESTO**

**ACCESORIOS AUTOMOVIL**

**ATA**

PORTAEQUIPAJES  
desde Ptas. 675

**ATA**

RESPALDO ASIEN TO  
a 135 pesetas

**ATA**

SEPULVEDA - VILLARROEL  
Teléf. 224 51 16 (6.ª planta)